

—No se trata de eso, sino de voces naturales.

Se trata de llevar al sonido las teorías de la imagen. Si ha de salir un Jobado, la verdad, si ha de escapar la voz de un cocheno, hay que encontrar a un viejo de ochenta años. Por lo que a la imagen respecta, aunque luego resulte que las actrices y los actores son físicamente perfectos...

Unos centenares de actores y actrices españoles, en paro forzoso, podían encontrar su pan en el doblaje de las películas inglesas al español. Así, cualquiera que sea "fenotípico", (apresurámonos a lanzar la palabra adecuada, para en su día reivindicar la paternidad de la misma), aunque no sepa una palabra de Teatro, y en el momento mismo, unas palabras españolas para cargar baúles, quitará un lugar al que, por su profesión y aptitud le pertenece.

SEBASTIAN BAS CALVET (Reproducción reservada).

NUESTROS COLABORADORES

VIAJE DE ESTUDIOS

He ahí las impresiones de uno de los 17 alumnos de ese Instituto, en los últimos momentos de la excursión que realizaron hace pocos días por el levante continental:

Proa. Las cuatro de la mañana. El amanecer lucha con atmósfera gris que nos envuelve. El amanecer quiere ofrecernos el bien del mundo sol. Gris el mar. Gris el cielo. Gris, gris en el todo y gris nosotros mismos sobre la tabla gris de ese barco, monstruosamente gris, que nos arroja sobre un mar que semeja una laguna de plomo líquido... Gris, gris. Sinfonía gris en la orquestación de nuestras almas. La noche ávida de color, consumió la llamadora polvorosa de nuestra Vida (Juventud-Arco Iris del Tiempo) dando para mañana la ceniza gris de las cosas que quisiera en la eternidad de la Realidad Dudosa...

Y, sin embargo, se eleva de la aristocracia gris de esa mañana, la virginidad de una blancura. El Silencio. El choque bar-barco, el ronroneo de la máquina, el viento y venir de los pocos madrugadores... una tos, una palabra suelta... forman una atmósfera incolora que semeja un silencio. Es un silencio idéntico al del campo, formado por el murmullo de las mil vidas (la vida de la campana, la vida de la mies, la vida del buco, del humilde colector de soberbio hombre). Silencio. Pensamientos.

El recuerdo de la noche aún es Vida en nosotros. Sale el barco. Una muchedumbre de adioses se nos prende con las angustias de una nostalgia mermada. No conseguimos a nadie entre la multitud del Adios, pero nos dolemos del partir ante el amigo desconocido... Nuestro desamblar sobre el barco, buscando "nuestro sitio", nuestro sitio el nuestro y por fin... ¡Proa! Nuestro pequeño grupo de la masa total de excursionistas se apodera de la avanzada del barco. Somos los de proa. Todos nos sentimos (¿Cómo nos sentimos! Es un revolver de corazones. ¿Quién no se cree ahora un mascarón de proa? La noche nos concede el día de sus chasquidos de luz. Estrellas, muchas estrellas, como en los cuentos sencillos y complicados de la vieja abuela y el nieto leñador... y el barco sigue ron-

cando como un enorme cetro empujado. El compañero del traje negro enfundada la rebeldía cabeza en un cuerno de marino, pero no hay tiempo de discutir. Museo Arqueológico. El señor Ferral incansable sigue adjetivando pidiéndonos... algunos se aburren. Otros no... han sentido su espíritu iluminado por la luz inmaterial del lamparado de bronce y por último unos papeles de un magnífico Foro nos hacen reconocer la ciudad vieja entre polvo y moscas algo desconocido por muchos de nosotros la abundancia "continental" de allí.

Comemos con la alegre camaradería de una comunidad juvenil y por la tarde la Metrópolis romana cristiana nos muestra entre el desgarrar de la tierra los enterramientos de una civilización que pasó. Anforas, esqueletos y nosotros ebrios de sol, admirando como una decoración de teatro la tristeza de ese cementerio desenterrado.

Un pequeño y rico Museo nos ofrece su sombra... sarcófagos, lápidas y el señor Ferral traduciéndonos el latín a pesar de nuestros dos cursos de cuarta lengua. Un esqueleto niño en una pequeña ánfora despierta el recuerdo malamente triste de que es un cementerio lo que nos admira... Pobrecillo, ¡tan pequeño!—y otro cementerio, tumba espiritual de un poderío enorme. Medioevo. ¡Poblet! Hemos llegado hasta él, con el viento de la carrera atomística, enredado en nuestro cable y la inquietud de verlo todo, nos hace recorrer rápidamente el recinto arruinado, como un magnífico panteón de la civilización constructora de la antigüedad. Cada piedra es el esfuerzo de un grupo de hombres y ahora unos bichilleros frente a unas murallas. ¿Cambio de decoración? La Catedral. Un pueblo y la diversidad de la construcción. Protección. Muralla. Catedral, y un espíritu sonrie... Visitamos el Ayuntamiento. El primer Alcáide de la Generalidad que vemos. Salimos todos políticos, pero no hay tiempo de discutir. Museo Arqueológico. El señor Ferral incansable sigue adjetivando pidiéndonos... algunos se aburren. Otros no... han sentido su espíritu iluminado por la luz inmaterial del lamparado de bronce y por último unos papeles de un magnífico Foro nos hacen reconocer la ciudad vieja entre polvo y moscas algo desconocido por muchos de nosotros la abundancia "continental" de allí.

COMPLETAMENTE.

El Estado, la Diputación y el Ayuntamiento han suprimido nuestro gasto particular. —¡Vaya suerte!—¿Qué tal Tarragona? Nos hospedamos en un hotel magnífico, el Hotel de Europa, almorzamos magníficamente después de una larga espera y completamente "magros" con nuestros dos profesores a la cabeza, Sres. López y Ferral, a los que nunca agradeceremos bastante su agradable compañía (—sonríe un estudiante de Teruel—no sinceramente, ya hemos terminado el curso) nos lanzamos a la conquista de la ciudad vieja.

Paseo arqueológico. Las mirallas. Sección de pueblos en la unidad de una construcción. Nuestros profesores inician una conferencia "indante" sobre la civilización constructora de la antigüedad. Cada piedra es el esfuerzo de un grupo de hombres y ahora unos bichilleros frente a unas murallas. ¿Cambio de decoración? La Catedral. Un pueblo y la diversidad de la construcción. Protección. Muralla. Catedral, y un espíritu sonrie... Visitamos el Ayuntamiento. El primer Alcáide de la Generalidad que vemos. Salimos todos políticos, pero no hay tiempo de discutir. Museo Arqueológico. El señor Ferral incansable sigue adjetivando pidiéndonos... algunos se aburren. Otros no... han sentido su espíritu iluminado por la luz inmaterial del lamparado de bronce y por último unos papeles de un magnífico Foro nos hacen reconocer la ciudad vieja entre polvo y moscas algo desconocido por muchos de nosotros la abundancia "continental" de allí.

Comemos con la alegre camaradería de una comunidad juvenil y por la tarde la Metrópolis romana cristiana nos muestra entre el desgarrar de la tierra los enterramientos de una civilización que pasó. Anforas, esqueletos y nosotros ebrios de sol, admirando como una decoración de teatro la tristeza de ese cementerio desenterrado.

Academia Técnica Preparatoria para carreras especiales Plaza de Cort, núm. 9 Ingreso en las Escuelas de Ingenieros, Arquitectura, Peritos y Ayudantes de Obras Públicas. Preparación completa de los cuatro cursos de los estudios de APREJADOR Sección especial para la carrera de Comercio. Abierta la matrícula para este cursillo de verano que empezará el 1.º de Julio.

ra al angel Lubel sin darse cuenta, cuando tropieza con una construcción que semeja sobrehumano, lo atribuye sin vacilar al amigo Diabolo. ¡Gran arquitecto el angel de la Rebelión! Sin embargo, cuando Tarragona y el señor Ferral traduciéndonos el latín a pesar de nuestros dos cursos de cuarta lengua. Un esqueleto niño en una pequeña ánfora despierta el recuerdo malamente triste de que es un cementerio lo que nos admira... Pobrecillo, ¡tan pequeño!—y otro cementerio, tumba espiritual de un poderío enorme. Medioevo. ¡Poblet! Hemos llegado hasta él, con el viento de la carrera atomística, enredado en nuestro cable y la inquietud de verlo todo, nos hace recorrer rápidamente el recinto arruinado, como un magnífico panteón de la civilización constructora de la antigüedad. Cada piedra es el esfuerzo de un grupo de hombres y ahora unos bichilleros frente a unas murallas. ¿Cambio de decoración? La Catedral. Un pueblo y la diversidad de la construcción. Protección. Muralla. Catedral, y un espíritu sonrie... Visitamos el Ayuntamiento. El primer Alcáide de la Generalidad que vemos. Salimos todos políticos, pero no hay tiempo de discutir. Museo Arqueológico. El señor Ferral incansable sigue adjetivando pidiéndonos... algunos se aburren. Otros no... han sentido su espíritu iluminado por la luz inmaterial del lamparado de bronce y por último unos papeles de un magnífico Foro nos hacen reconocer la ciudad vieja entre polvo y moscas algo desconocido por muchos de nosotros la abundancia "continental" de allí.

¡Ah! Y la vista desde el tren de los arroyales estancados como limpios parecía correr sobre un mar tranquilo y sereno como el de un paisaje japonés. Una muchedumbre de la otra excursión me interrumpe. ¿Cómo se llama aquella isla? La Dragonera, un poco a la Arqueología, en pro del Progreso. Muchos abandonaron el espíritu del abate y del guerrero para poder comprender el tecnicismo de una Meteorología y una Industria modernas.

¡Ah! Y la vista desde el tren de los arroyales estancados como limpios parecía correr sobre un mar tranquilo y sereno como el de un paisaje japonés. Una muchedumbre de la otra excursión me interrumpe. ¿Cómo se llama aquella isla? La Dragonera, un poco a la Arqueología, en pro del Progreso. Muchos abandonaron el espíritu del abate y del guerrero para poder comprender el tecnicismo de una Meteorología y una Industria modernas.

El puerto con sus altos hornos... La mancha de el hierro blanco a fuerza de ser rojo en la obscuridad de nuestro recuerdo de la industria. Sagunto. Siempre recordaremos con tanta admiración como a las ruinas y a los altos hornos, una paella valenciana que nos hicieron en la posada de S. Joaquin... donde encontramos un piano desafinado... y un autobús que nos llevó a Valencia... y allí... Torres de Serrano. La Exposición de muestras y en las afueras Manises y la Presa del Turia donde se purifica el agua que bebe Valencia. Y por último una horchata en el Grao después de haber visto algunas barracas, blancas como turbanes y una cruz en lo alto...

CELIA VIRAS

COMERCIANTES

¿Recibe usted géneros del Extranjero? ¿Quiere recibirlos con prontitud? Indique siempre al hacer sus pedidos sean entregados: En Cerbero R. Buxó Labori. En Port-Bou R. Buxó Labori. En Barcelona R. Buxó Labori. Castaños, 8. Teléfono núm. 1.811. Corresponsal en PALMA, Bartolomé Mulet Bergs. Siete Leaguinas, 12.

Papeletas de lotería

El ambulante José Valls participa al público que las papeletas desahucadas con el número 7479 no son válidas, siendo el número vencedor de ellas el 6.382.

ARENAL

Vendo solar situado en carretera militar, forma esquina. Razón: plaza Sta. Eulalia, 10.

Baños San Juan de Campos

Excelentes resultados en el artrismo, ácido úrico, obesidad, enfermedades piel y bronquitis crónicas. Abiertos los meses de Junio y Julio.

EN SON ARMADANS

Vendo solar mejor situado. Total pchido de pines. Extensión 1.400 metros cuadrados. Razón: plaza Sta. Eulalia, 10.

SRES. VIAJANTES

¿Quiere que sus clientes reciban los géneros con prontitud? ¿Recibe usted géneros del extranjero? Ordene sean entregados a la Agencia A. Buxó, Castaños, 8, BARCELONA.

Nuevos Talleres de muebles

Notablemente ampliado y reformado el local se ha establecido nueva instalación de Dominitorio, Comedores, Sillas, Lámparas y diferentes muebles, todo a precios muy recomendables. Honderos-72 (Carretera de Llobregat). Palma.

BAR MACARENA

(Antes Petit Recreo) Calle Tàrragona-Baleas-46, Teléfono 1766. Todos los grandes conjuntos de flamenco y Dancing. Hay sin cesar grandes debuts. Cenas económicas.

CASA EN GENOVA

Se vende una con bajos, alto y paisaje. Vistas al mar y bosque. Informes de 6 a 11 noche en la Tel. guilla del Balear.

FOLLETTIN NUMERO 89

TRACION DE AMOR

Por MARC MARIO

men. —¡Es verdad! —¡Hobía comprado usted las balas el mismo día? —¡Ni lo niego! Al contrario, lo he declarado. —¿Qué objeto tenía usted al llevar consigo esta arma que nunca usaba? —Con que intención había comprado las balas para el revolver que nunca le había servido? El acusado no contestó.

El magistrado comprendió que no vencería la obstinación del proovesado. Para él, el señor de Guérens era culpable. Había estudiado la causa consultando los documentos de la instrucción. Estaba convencido de que el hombre que hablaba, en un momento de locura o de desesperación, había asesinado al señor de Montrevel, su rival y ocreedor. Probó obtener alguna confesión, abriendo este nuevo camino.

—Su causa ha sido debidamente estudiada por el magistrado instructor encargado del sumario. Su culpabilidad está claramente demostrada. Todas las circunstancias del crimen la atestiguan: los móviles son evidentes. Confiese, pues la verdad, más provechoso le será. Conenga usted en que estaba perdidamente enamorado de la señora de Bellegarde; que por ella sacrificó su mujer y sus hijos; derrochó una fortuna, contrajo deudas y que, sintiendo acercarse la miseria más espantosa, la desesperación le volvió loco. Después, cuando dominó el odio a Montrevel, convencido de que debía usted pagar el día siguiente ochocientos mil francos, al hombre a quien

creía favorecido por la mujer a quien usted amaba, perdió la serenidad empleando contra él el revolver que había usado para matar a sus deudas.

El presidente de la audiencia croía que el señor de Guérens, apurado por esta acusación tan bien expuesta, iba a hablar y protestar. Más se equivocó. El desgraciado continuó en su silencio y sonría impasible. Como el señor Renaudin de Palissy, el magistrado que debía conocer todas las circunstancias del crimen, apeló a los más caros sentimientos del acusado. Supo hacer resaltar en él el amor que profesaba a sus esposas y a sus hijos, y le recordó su deber, su responsabilidad y su vergüenza. Le dio la esperanza de un veredicto de inculpabilidad porque el juzgado admitía que hubiese obrado bajo la impulsión de una locura pasajera o de un arrebatado de odio imprecional de premeditación. Nada consiguió tampoco.

Margarita se deleitó en la lectura de la citación del tribunal.

¡Iba a gozar otra vez de su atroz venganza! Le sería dable ver la desesperación de aquella orgullosa mujer que tanto le había ultrajado. ¡Disfrutaría contentando su dolor, sobremanera sus angustias! ¡Iba! a quien la señora de Guérens había llamado una cualquiera, gozaría viendo en la audiencia a los curiosos señalar a "la mujer del asesino". ¡Oh! ¡qué dulces venganzas!

Cada día se complacía en leer en los periódicos, lo que se decía de la causa y del proceso de Guérens. El nombre de la señora de Guérens andaba de boca en boca, difamado ya por el sangriento crimen.

El día que el acusado había sido trasladado a la consierjería... Al día siguiente daban cuenta de la visita del presidente de la audiencia. Después, decían que el señor Renaudin de Palissy se había encargado de la defensa del señor de Guérens. Pintaban la actitud del prisionero en su celda. Un diario — mejor informado que los demás — daba a conocer el resumen del crimen y de las investigaciones, como parafísica de la acusación fiscal, comunicada por favor y otra publicación prohíbe la ley antes que haya sido leída en público. Y en todos los artículos que leía Margarita, de vorándolos, veía sin cesar el nombre de su enemiga, escrito en mayúsculas y en el mismo encabezamiento de siempre: "El proceso de Guérens".

El 25 de enero de 1880, todos los periódicos de la mañana recordaron a sus lectores que el proceso Guérens se juzgaría a las once en audiencia pública.

La expectación era grande. La actitud extraña del acusado daba un aire misterioso al proceso. Su apellido, su posición social habían originado mucha curiosidad.

La condesa de Bellegarde era el principal testigo de la causa. Las personas que la habían conocido y para quien habían conocido y para quien había desaparecido hacía más de un mes, permanecían intrigados el día del proceso, curiosos de verla y ansiosos de oírla. Antes de las diez, la ancha sala pri-

mera de la audiencia estaba abarrajada de gente.

Margarita de Bellegarde llegó a las diez y media.

Un hombre con levita negra, correctamente vestido, tieso con su traje de ceremonia, con la cara adornada de magníficas patillas negras, le acompañaba: Era Lepalud.

Cuando la Condesa entró, todas las miradas se fijaron en ella y se oyó un ligero cuchicheo.

A las once en punto, se abrió la audiencia pública.

El escribano leyó la lista de los jurados. No hubo recusación alguna, ni en la defensa, ni en la acusación.

En el estrado, el señor Dubois-Desfourmelles ocupaba una butaca.

La puerta pequeña que comunicaba con los bancos de los acusados, se abrió y el señor de Guérens apareció entre dos guardias.

En este mismo momento, se oyeron sollozos: las dos hijas del acusado — Hortensia y Alicia, — acababan de ver a su padre.

Margarita también procuraba ver al señor de Guérens.

Como todos, dirigió sus miradas al punto de donde partían los sollozos. Vio a la mujer a quien odiaba. A su lado estaba la condesa de Montrevel. Las miradas de ella y sintió su corazón henchido por la alegría del odio satisfecho y de la venganza saciada.

El presidente quiso evitarle el dolor de contestar de otro modo que por monoslabos y ayudándose del sumario, — dijo: —Tiene cincuenta y ocho años y nació en Valencia?

—Sí, señor.

—¿Vivió usted de rentas y su domicilio en París era en la calle del Faubourg Saint Honoré?

—Sí, señor.

El tribunal recibió entonces el juramento de los jurados y el escribano leyó la acusación, que no producidos, conociendo el estado que había Valencia.

Los testigos fueron llamados y acompañados a la habitación que se les destinaba.

Contra a interrogar al acusado. El interrogatorio empezó sobre los antecedentes del señor de Guérens, sobre su educación en la familia y en el colegio, y continuo respecto de su matrimonio y fortuna.

—Su fortuna — dijo el presidente, — era considerable; se caso usted con la hija del señor dirotet, banquero en Orange, y su esposa tuvo una dote de un millón doscientos mil francos; a la muerte de su padre heredó la suma de un millón cuatrocientos mil francos. Pude evaluar lo que poseía, en unos tres millones.

—¿Son exactas estas cifras?

El acusado hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Conocía usted al conde de Bellegarde; era amigo de su familia. En 1871 supo usted que la condesa de Bellegarde, que acababa de entablar el divorcio contra su marido, se había instalado en París, en el bulevar Haussmann. Fué usted a su casa, y alentado sin duda por la benevola acogida que le hizo, volvió frecuentemente, hasta que se enamoró perdidamente de ella.

—¿El señor de Guérens lloraba amargamente. A pesar del interés que despertaba el interrogatorio, sus sollozos atraían